

REPRESION Y VIDA COTIDIANA EN URUGUAY

Eugenia Meyer

“No creo que tenga una experiencia particular para transmitir al común de nuestro pueblo... Ya sabes que soy simplemente una más de esos miles que han pasado por las cárceles. Entonces, el proceso que viví forma parte del proceso común que nuestro pueblo se ha visto obligado a enfrentar. No viví la cárcel como un drama, ni como una cosa trágica... Estar aquí, hablar del pasado lo entiendo como un compromiso, de hecho y de derecho, una obligación moral muy profunda con los compañeros del penal”.

107

El carácter del testimonio como revaloración autobiográfica, adquiere dimensiones excepcionales cuando las condiciones de vida trascienden lo rutinario o bien la “normalidad”.

Asumiendo la premisa de que lo social es todo, el análisis específico de la historia social reclama para la historia de vida, una parcela de estudio.

Determinar el ámbito a que pertenece el relato voluntario del proceso de la vida de un individuo, es tarea común del historiador y el científico social en general. Se entrelazan e imbrican planteamientos teóricos de la sociología, la politología, la psicología y la historia. Se reconoce la injerencia de la economía y se asume que el testimonio rebasa el planteamiento anecdótico o meramente subjetivo.

La historia oral, a fin de cuentas, constituye un reto para la historia tradicional. Es una tarea comprometida, en la cual la narrativa de vida del historiado y el análisis del contenido de la entrevista, hecho por el historiador, se integran en una compleja labor de síntesis valorativa.

Podría considerarse inútil el ocuparse de las funciones de la vida cotidiana, pero en ésta precisamente es donde se dan formas y modos espontáneos, inherentes a las reacciones particulares de cada individuo. En la existencia, las tareas se plantean día a día.

Hay un reiterado e insistente empeño del hombre por reproducirse y sobrevivir. Las actividades de los seres humanos en lo particular van generando la posibilidad de la reproducción social. Es cierto que en toda sociedad hay vida cotidiana y que todo individuo ocupa su lugar, sea cual sea la división social del trabajo. En una sociedad determinada, el hombre ocupa un lugar determinado,

único, de lo cual se infiere que ni en contenido, ni en estructura, es la vida cotidiana idéntica en todas las sociedades ni para todas las personas. De lo que se trata, es de analizar la reproducción particular del hombre particular. Su comportamiento frente al mundo que existe independientemente de él; un mundo ya "constituído" donde deberá conservarse y probar su capacidad vital¹; insertarse en ese mundo "hecho"; aprender, adecuarse y acostumbrarse a sistemas de uso y de expectativas. Un universo concreto en el que el individuo, como sujeto histórico, habrá de construir su cotidianidad, su entorno y su identidad.

La vida diaria, caracterizada por la continuidad, se enfrenta en circunstancias concretas, a los cambios, a las catástrofes y a las revoluciones sociales, que vienen a transformar en lo fundamental el modo de vida: alternan la rutina, modifican el ámbito de pervivencia. Las revoluciones trastocan y trascienden lo cotidiano y al modificarlo interrumpen el ciclo de la continuidad para luchar, irónicamente, por recuperar la "normatividad" o generar una cotidianidad alternativa.

108 Pero, cuando el proceso es regresivo, cuando el cambio, en lugar de *revolutivo*, es involutivo, los elementos de la cotidianidad se alternan: la represión, la pérdida de la libertad, empiezan a marcar las pautas de una conducta diferente, que responde a una situación diferente, impuesta por una realidad diferente; es claro que el individuo tratará de adaptarse, adecuarse, e incluso de construir una nueva cotidianidad como forma de sobrevivencia.

Frente a la represión, a la marginación y a la tortura, empiezan a darse procesos de autodefensa, una búsqueda de continuidad que permita restablecer cierto orden en tanto que coto a la brutalidad y agresiones externas. En esas condiciones excepcionales, la revaloración individual y la toma de conciencia colectivas adquieren dimensiones singulares. Aquí el rescate biográfico se concibe como denuncia y como experiencia que influye y determina el proceso de transformación grupal.

Con la concatenación de acontecimientos, de interpretaciones, de valoraciones, los niveles de memoria y de selectividad van entretejiendo el análisis último de un proceso y de sus implicaciones que, en el contexto latinoamericano, adquieren dimensiones esenciales para la comprensión de la lucha libertaria de sus pueblos. Oscilando entre la dictadura y la anarquía, entre la represión y el proceso de liberación, la historia de buena parte de los países que conforman nuestra América va en busca de la soberanía, la democracia y la justicia social. Caso singular es el del pequeño país alguna vez llamado la "suiza de América": Uruguay.

Ubicado en el Cono Sur del continente, experimentó en las últimas décadas del siglo XIX y primeros años del XX transformaciones técnicas esenciales, especialmente en el ámbito de la explotación ganadera, actividad económica por excelencia que fortalecía el desarrollo capitalista.

Cabe mencionar como información concreta que a mediados de los años cincuenta, alrededor de 600 familias eran propietarias de casi la mitad del territorio explotable²; por tanto, la clase terrateniente nacional tenía un lugar privilegiado en la sociedad.

Apenas dos décadas antes, consecuente con las circunstancias desfavorables del año 29, se fue diversificando la industria y se estancó el desarrollo ganadero, al tiempo que hubo una reestructuración en el mercado mundial de carne, con la consecuente limitación a las cuotas asignadas a la producción uruguaya. Esto propició que pasado el medio siglo la crisis estructural latente debida al carácter capitalista dependiente de la economía se manifestara con toda intensidad.

Habría que añadir a esto que una consecuente crisis de dominación repercutiría entre 1964, año del frustrado golpe de Estado, y 1968, con las continuas medidas autoritarias impuestas por el presidente en turno, Jorge Pacheco Areco. Se da entonces la imposición de medidas económicas y el consecuente control social, condición que se agudiza en el lustro siguiente ³.

Entre 1955 y 1973 el país sufre un estancamiento productivo que con la tradicional concentración de la propiedad de la tierra conducen a devaluaciones permanentes y al consiguiente proceso inflacionario.

Con la Ley de Reforma Cambiaria y Monetaria de 1959 y el simultáneo primer acuerdo "Stand by" con el Fondo Monetario Internacional, la economía se orienta hacia la desnacionalización, y aumenta la subordinación al capital extranjero. Entonces el Estado empieza a actuar "como juez y gendarme" ⁴ abandonando su tradicional papel de árbitro.

El período que va de 1958 a 1968 se caracteriza por la intensa lucha de clases que impedirá que se apliquen cabalmente todas las medidas sugeridas por el FMI. Los USA penetran económica, militar, politicosindical e ideológicamente; se agudizan las contradicciones y se precipita el control de la economía por una oligarquía que entrelaza a los capitalistas de la banca, la industria y el agro. El sistema político da señales de agotamiento. Si bien en los años siguientes (1968 a 1973) no habrá grandes cambios económicos, es innegable que este período presenta como rasgo sobresaliente la emigración de millares de uruguayos, consecuencia de la desocupación y los bajos salarios. Empiezan a percibirse formas concretas de represión que conducen a la crisis de autoridad que finalmente culmina con el establecimiento de la dictadura. Poco a poco el gobierno implanta medidas de seguridad (especie de estado de excepción), levantamiento de huelgas, clausura de centros de enseñanza. Ya para 1971 se había incrementado la "oleada popular" que termina en la unidad política de la izquierda, denominada *Frente Amplio*, unidad compuesta por el Partido Demócrata Cristiano, partidos, grupos marxistas, y sectores provenientes de los partidos tradicionales. El Frente Amplio proclamaba como candidato presidencial al general Liber Seregni.

Las elecciones de ese año registrarán el mayor número de votantes, un 96.7% de los inscritos, y triunfa el candidato del Partido Colorado, Juan María Bordaberry, quien orienta su régimen de acuerdo al modelo militar brasileño y acelera la represión y el control iniciado tiempo atrás con Pacheco.

Cuando las fuerzas armadas involucradas en la lucha antisubversiva logran que el Parlamento declare el "estado de guerra interno", que se suspendan las garantías individuales, y que el Poder Ejecutivo integre el Estado Mayor Conjunto como órgano coordinador de las 3 armas y la policía, la situación se torna

extremadamente crítica.

Ante las medidas represivas, y a pesar de la generalización de las aprehensiones y torturas entre los miembros de la guerrilla urbana y los militantes del Frente Amplio las luchas populares continúan y el sistema político se deteriora.

Las cárceles se van llenando de presos políticos y las prisiones de "Libertad" y de "Punta de Rieles" se convierten en símbolos de la dictadura militar en ciernes.

El 29 de abril de 1972, en medio de la confrontación más aguda de la historia del país, Seregni propone el diálogo expresado en la consigna "pacificación para los cambios y cambios para la paz". La respuesta del gobierno es definitiva: mayor represión y recrudescimiento de medidas anticonstitucionales.

El 27 de junio de 1973 el presidente Juan María Bordaberry da un autogolpe de Estado. Se disuelve el parlamento y en su lugar se nombra un Consejo de Estado; se inicia la dictadura cívicomilitar. En 1976 se desplaza a Bordaberry y asume la presidencia Alberto Demichelli, quien a su vez será destituido a los pocos meses, y sustituido por Aparicio Mendez.

110

Luego de casi un lustro, el general Gregorio Alvarez, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, ocupa la primera magistratura. En este período es cuando los militares buscan legitimar su gobierno y llaman a plebiscitar un proyecto constitucional. Una negativa abrumadora llevó a considerar pertinente el retorno al mando civil, que ocurrirá en 1984.

Las experiencias personales y colectivas que se dieron durante los doce años de dictadura son materia de análisis y apenas ahora empiezan a darse a la opinión pública, ya no sólo como denuncia, sino más como indignada reacción y protesta al consenso que se generó primero entre el gobierno civil y los militares y luego en la mancuerna gubernamental de carácter cívicomilitar. La sociedad civil reclamó en su tiempo, reclama ahora, el conocimiento de esa verdad que recuerda lo más depurado de las experiencias fascistas en la segunda guerra mundial, y que al parecer siguen vigentes como modelos a superar, no sólo en países de nuestro continente, sino también en otros.

Lo que se ha definido como crímenes de guerra parece tener una continuidad "depurada" en las dictaduras de las recientes décadas, sea Haití, Argentina, Uruguay o, aún hoy, en Chile. La experiencia de hombres y mujeres que, privados de su libertad, padecen y sobreviven a esa pesadilla, reclama la reflexión colectiva.

El caso particular que aquí reproducimos es uno entre muchos. Se toman fragmentos de la biografía de una mujer cuyas vivencias de represión, persecución, tortura y encarcelamiento durante más de tres años llegan, irónicamente a ser su vida habitual⁵.

Varios son los aspectos sobresalientes de ésta, la historia de vida de Ofelia Fernández. A saber: su relación con el padre, su compromiso ideológico del cual toma plena conciencia ya presa, la tolerancia a la tortura y la forma en que se genera una cotidianidad, a manera de defensa para sobrevivir dentro del campo de trabajo forzado y en la cárcel.

Habla de sus recuerdos de infancia, del internado en escuela de monjas que "era como un cuartel; incluso había sanciones y penitencias por cualquier cosa".

De ahí también que llegue a expresar que nunca mandaría a sus hijos a un colegio de internos. “Nunca jamás, prefiero que mueran analfabetos”. “Visto desde ahora –dice– es posible que fuese un niño triste”. Al crecer e integrarse al bachillerato, la situación cambió, “un poco más de libertad, no de felicidad; en retrospectiva percibo mucha soledad y aislamiento”.

Será en la universidad donde empezará su despertar político frente a las condiciones existentes en el Uruguay. Es cuando inicia lecturas de: *El Estado y la Revolución*, *¡Qué hacer!*, *Dos tácticas*. Reconoce que no entendía muchas cosas, como “por ejemplo, el concepto de imperialismo”. En tanto se adentraba en la ideología marxista, se alejaba “definitivamente de la fe y la religión”, a la vez que la comunicación con su familia se iba tornando nula.

Poco después se integra al Frente Izquierdo de Liberación, “todavía no era comunista. Sin embargo empezaron las represalias... no podía ya trabajar como médica en salud pública, la única posibilidad que me quedaba era en las clínicas privadas, y en Uruguay no hay prácticamente medicina privada. Entonces las posibilidades eran laboratorios, hematología y esas cosas que no me gustaban. Llegué por descarte a la radiología, en lugar de la especialidad que siempre quise: pediatría o neurología”.

Los años de 1970 a 1975 son fundamentales en su formación, antes de entrar a la Unión de las Juventudes Comunistas. “Precisamente ingresé el 23 de agosto de 1968, el día que las tropas del Tratado de Varsovia entraron a Checoslovaquia... estuve de acuerdo. Poco antes había dejado mi casa. Decidí vivir sola... el hecho concreto es que yo quería hacer mi vida y que se me respetara... la situación con mis padres era insoportable. Permanentemente peleábamos.

“Esos años setenta tuvieron una serie de problemas y dificultades, pero en realidad fueron muy plenos en cuanto a mi formación política, como parte de mi militancia. (Fue la época) en que paralelamente se desarrollaron en gran profundidad las luchas de masas... no solamente la clase obrera, sino también de las capas medias, de los intelectuales, de los comerciantes, de los pequeños propietarios... todo nuestro pueblo se fue politizando... que no hay una sola familia que no tenga un preso, un destituido, un sancionado, un reprimido, un asesinado, un muerto político; no hay familia que no haya pagado un precio por la lucha del pueblo.

En Uruguay, hay un proletariado pobre, un lumpen muy restringido, muy pequeño. En cuanto al ejército, es popular; pero nuestro pueblo ha tenido siempre una conciencia antimilitarista, porque si bien el ejército es popular, es tradicional que no juegue a favor de los intereses populares. Incluso los oficiales son esposos de maestras, de gente de pueblo, de hijos de comerciantes. Nuestro ejército no es como el ejército argentino, por ejemplo. El argentino es un ejército de cuño, y el uruguayo un ejército donde ninguno de sus integrantes es hijo de la burguesía o de la alta burguesía. Claro, es toda una casta, porque son familias que desfilan por los mismos cargos militares. Ahora, el ejército uruguayo ha sufrido cambios muy profundos, en estos

años. Por ejemplo, era necesario alterar esa relación de clase que existía en el ejército, porque nadie defiende a un costo tan alto un interés, a no ser el de su clase. Entonces, era necesario que los oficiales, sobre todo de capitán para arriba, es decir, los mandos, los que tienen mando en el ejército, tuvieran... una relación de clase que les permitiera defender sus intereses en la propia lucha que estaban librando. Y para esto fueron colocando a la mayor parte, al frente de empresas, o como accionistas fundamentales o con capitales en asociaciones banqueras. Es decir, los fueron colocando de manera tal, que la lucha fuera para ellos la defensa de sus propios intereses.

El ejército uruguayo estuvo al servicio de la burguesía, con variantes y con diferencias, aunque declararon que ellos no serían el brazo armado de la oligarquía. Entonces, el ejército, por extracción de clase, es popular, es fundamentalmente de capas medias. El soldado raso pobre, lumpen, es el reclutado en la frontera con Brasil, gente que prácticamente no sabe hablar el español, y que los reclutan por techo y comida. Los ponen a prueba, durísima, a ver si resisten cualquier cosa, durante dos, tres meses, y así quedan con el puesto.

Llegó un momento en que había un militar por cada diez habitantes, incluyendo las fuerzas policíacas, masculina y femenina.

El pueblo no puede olvidar, sabe luchar... la dictadura ha intentado a lo largo de todos estos años atomizarlo, dividirlo y aniquilarlo y no ha podido. Te puedo dar ejemplos de cómo nuestro pueblo ha gestado toda una fuerza capaz de enfrentarse siempre en defensa de las libertades democráticas de un futuro mejor.

Los sectores dominantes en el Uruguay decidieron, en un contubernio sucio, liquidar, ya, en ese momento, todas las libertades democráticas, porque de lo contrario los intereses económicos, financieros que tenían en el país, los irían perdiendo lentamente; y a esto no estaban dispuestos. Yo creo que es esta profundización de lucha, de conciencia, esta generalización de la conciencia democrática y patriótica de nuestro pueblo, la que aceleró la presencia del golpe de estado, la que aniquiló y decapitó las estructuras republicanas democráticas del gobierno por temor de las clases dominantes, de los sectores imperialistas y oligárquicos; por eso existió un golpe de estado en 1973 y no después. Por eso la brutal saña represiva hoy.

Yo nunca fui militante de tiempo completo. Siempre tuve una carrera entre manos, y por momentos, de repente suspenden mi militancia.

Fui detenida por vez primera en el 68 en una manifestación callejera y me llevaron a la comisaría de barrio. No sentía miedo, sino que tenía la sensación de ridiculez de parte de los que me detenían. Me interrogaron varias horas... y dos o tres días después nos dejaron en libertad. Los delitos eran por opinar. Teníamos entonces una actitud de romanticismo.

A partir del 27 de junio de 1973, cuando se produce el golpe de

estado quedaron ilegalizadas todas las organizaciones políticas, sindicales, gremiales y de estudiantes.

En el año de 1975 me detienen nuevamente por unos cuatro meses. Me detienen en casa de mi padre, sin orden de allanamiento. Me llevaron en un jeep. No fueron violentos. Llegamos al Departamento de Inteligencia. Permanecí tres días encapuchada, sin comer. En una oportunidad me dieron un vaso de agua. Creo que pedí me llevaran al baño y me llevó un policía militar femenino. Lo peor eran los pies, los tenía terriblemente hinchados por estar parada con los pies abiertos y las manos abiertas. En general se te caen, te las levantan un poco, a palos... y las piernas también abiertas, las horas no pasan nunca. Pero, bueno, llegaba la noche y... se suponía que la noche tenía que terminar, y llegaba el otro día y así sucesivamente... Lo que más intentaba hacer, era atender lo que pasaba en materia de movimiento. No fue un recuerdo horrible. Posteriormente me asombró la tranquilidad con que había enfrentado esto. Durante los primeros tres días no me interrogaron, al cuarto sí. No hubo violencia pero unos días después me dieron una especie de paliza, muy particular, porque era una pieza chiquita y la pared estaba como tapizada de hombres, de personas, y entonces, ellos tiraban, por ejemplo colillas encendidas al piso, a mí me ponían descalza ahí y jugaban como si fuera un muñeco de goma; me tiraban, uno me empujaba y el otro me recibía, me empujaba... yo digo que era el manoseo por un lado y por otro, pero nada más. Bueno, eso y el mal trato general, insultos y palabras secas y groseras. Todo mezclado.

113

Permanezco encapuchada bastante tiempo, pero después me dejan sentar. Me dan de comer, mejor dicho, me dejan entrar comida; viene mi padre y me trae comida, pero no me ve en todo ese tiempo.

Ahí estuve por lo menos veinte días. Después me trasladaron a la jefatura, por más de dos meses creo, y después me trasladaron... según ellos me dijeron, en depósito, a una seccional policial. "Finalmente un día un comisario vino y nos dijo: muchachos váyanse". Antes de volver a caer, sigo estudiando, hago parte de la tesis.

El 8 de febrero de 1976 estoy trabajando y me llaman de la urgencia, que alguien me busca. Pensé que era la policía, me despedí de todo el mundo, entregué mis cosas y salgo de la clínica. Estaba tranquila... y llamé a mi padre. Le dije: "Mirá papá, yo sé que vos no lo vas a creer pero has de saber que puede pasar tal cosa". Mi padre actuó siempre igual...era tal su falta de idea sobre estas cosas, que no cree en la represión; nunca creyó que me iban a pegar, no cree, no sabe que existe...

Al llegar a casa vi que faltaba la cerradura, y mi padre pensó eran los ladrones, porque al abrir la puerta todo estaba en el suelo, desde lámparas, hasta libros, pasando por las tazas, los platos; todo deshecho.

Me fui y cuando estaba a dos cuadras de mi casa, un muchachito

de unos veintiún años más o menos, rubiecito, corriendo, me dijo ¿Usted es Ofelia Fernández? pensé un instante, porque si yo le digo: No, mire, Ofelia Fernández pasó corriendo, él se sigue, pero digo: Sí, soy yo, y entonces, me dijo que quedaba detenida y me arrestó. Yo caminaba con él, y en el interín le dije ¿Cuántos años tenés? “Veintiún años”, me dijo. “¿Veintiún años y haciendo estas porquerías? ¿no te das cuenta que no conduce a nada? yo no le hice mal a nadie, en cambio vos, lo único que vas a lograr es que a mí me masacren inútilmente, y vos te vas a arrepentir de eso, y además no me lo vas a hacer sólo a mí, se lo vas a hacer a otras personas, ¿no te das cuenta de que no tiene sentido? En todo caso, yo hago algo que vos considerarás mal, pero también es por tus intereses”. Y entonces me dijo: “¿Sabés lo que pasa?, que ahora, si yo no te llevo, me llevan a mí, así que ahora yo no puedo dar marcha atrás, dice, yo me gano el puchero con esto”.

Después lo vi muchas veces y conversé mucho con él. Siempre me decía lo mismo: “Perdóname, pero si yo no te llevaba me llevaban a mí”. Un muchachito de veintipocos años, militar, un pobre muchacho. A unos compañeros y a mí nos transportan con violencia, a empujones y a patadas, nos tiran en el piso de la camioneta boca abajo y allí nos daban una paliza... golpes de karate y con cachiporras, qué sé yo. Ibamos amarrados... Vendada, con capucha. Llegamos al Departamento Cinco de Inteligencia, lo que llaman “El Infierno”. Ahí permanecimos un mes y medio. Llegamos e inmediatamente nos dieron grandes palizas. Primero te dan unos golpes en las orejas, que ellos llaman teléfono, con las manos ahuecadas, en las dos orejas a la vez, que te hacen ver una luz amarilla intensísima y como que te marea. Hace como un vacío adentro, la sensación de que el cerebro como que se te separa; no es un gran dolor, sino una sensación fea. Y después de unos cuantos golpes de esos, unos de karate que son fundamentalmente en el estómago. Y en un poco rato, quedas tendido en el suelo medio sin conocimiento, es decir, no da para demasiado razonamiento, porque entre la sorpresa de que, si bien sabías que te iban a golpear... Yo no hablaba nada.

Había otras personas en la habitación. En ese momento no lo sabía pero con las horas me di cuenta. Y después de esa paliza, me dejan ahí parada sin comer, sin tomar agua, sin ir al baño, con los pies y las manos separadas, con unos baldes colgando en cada mano. Le ponían un poquito de agua cada vez. Bueno, no sé exactamente, pero por lo menos, cuatro o cinco días permanecimos así, sin comer. No me desmayé, supongo que debe ser el stress. Al final nos llevaron alguna vez al baño, tomábamos agua de la cisterna con la mano, unos tragos de agua, que creo que fue lo que nos salvó, definitivamente; pero otra gente se tomaba la orina.

Sabía que había más mujeres presas. Conocí a algunas, pero a la mayoría no; la mayoría eran extremadamente jóvenes, porque eso era un operativo sobre la Juventud Comunista, específicamente. No nos

permitían hablar, pero estábamos tan hacinados uno contra el otro, que siempre una palabrita nos podíamos decir: que no tengas miedo, que no pasa nada, que “éstos además...” Yo le decía al compañero que cayó con nosotros: “Mira, éstos nos darán tres meses, pero más no aguantan, porque se cansan, así que la cuestión es aguantar tres meses”. No nos llegaron a dar tres meses, se cansaron antes. Ahí, de plantón, no me tuvieron mucho más; después, un día me hicieron el primer submarino y me tiraron en un colchón, después del segundo, en el piso.

A los cinco o seis días me sacaron de ese cuarto. Ya había venido alguien a amenazarme, a decirme cosas como: “El Partido es una organización en desbandada, así que hablas o vas a morir acá...”. Todavía no me habían preguntado nada, era la preparación anímica; en realidad lo que querían saber era qué hacía. Que diera nombres, con quién militaba, quién me dirigía, a quién dirigía yo. Bueno, me sacan de ahí y me hacen desnudar. Me cambian la capucha por otra, o me ponen otra encima, algo así. Y después me sumergen dentro de una especie de tina. Me levantan de los pies. Calculo que es una tina como de medio tanque ¿no?. O sea que me metían la cabeza y los hombros, hacia abajo; claro, te cargan a pulso. No sé si era tina o barril, no sé exactamente porque no veo, pero además tienen distintos tipos: hay inmersiones, digamos, de cuerpo entero, otras solamente de la parte superior, de la cabeza... es una sensación de asfixia. Bueno, parece horrible, pero con el tiempo uno se acostumbra. Es decir, las últimas veces, tenía como dominada la situación. No fueron demasiados días seguidos, pero sí muchas veces.

Me preguntaban si iba a hablar o no y no decía nada. En realidad los saqué de quicio en una oportunidad en que realmente me tenían muy cansada, no con la tortura en sí, sino con el trabajo psicológico para convencerte de que son buenos, de que te quieren ayudar, de que es por tu bien, eso es lo que más me irritaba de todo. Un día yo no soportaba más esa situación; porque, después de pasar la tortura, hay toda una sesión como de buen trato, excelente, de un individuo que te trata con toda amabilidad, con todo respeto, hasta con cariño, te cuenta películas, te distrae y te canta, te da cigarros, te... digamos, como si quisiera ablandarte ¿no?, eso es lo que me irritaba profundamente. Entonces, un día, llevaba muchos días ahí, un día me... enfurecí tanto, tanto, y no sabía cómo sacármelo de encima; le dije: Bueno, mirá, antes de que yo te dé algo a ganar, me vas a tener que pasar una máquina de cortar fiambre... No sé de dónde, ni cómo se me ocurrió esa frase, ni la pensé, se me salió así. Entonces, se irritó totalmente, salió enfurecido, gritando por los corredores y... venían por docenas a ver quién había dicho eso. Entonces me amenazan terriblemente con las cosas que me van a pasar, me dejan un rato, y efectivamente, a la tarde me hacen una sesión de una cosa que ellos llaman “la bañera china” que consiste en una sesión de submarinos y picana, simultá-

neamente, con... con todo un ambiente alrededor, diría yo como de orgía ¿no?, música, gritos, pues cada uno tiene una picana automática en la mano. A mí me acuestan dentro de una bañera y me queda solamente parte del dorso fuera del agua; entonces, en esa parte, ellos te hacen picanas, pero con ritmo de música, música enloquecedora. Y además, te colocan en los pies un alambre electrificado, de manera que no puedes apoyarte a hacer fuerza para levantar la cabeza. Para ellos es como una orgía de canto, baile y droga. Estoy convencida de que estaban drogados, no lo puedo probar pero es imposible que un ser humano haga esa locura de excitación brutal, de sobreexcitación. No sé cuánto dura eso, pero es largo. No gritaba, nada. No sé, estaba como adormilada. Estos tres meses de esa presión, con alternancias, fue un período de torturas constantes.

¿Miedo? En todo caso, cuando recién me detuvieron; pero no precisamente miedo, claro, es incertidumbre de lo que va a pasar y qué pasará; más que nada, era como tristeza por lo que perdía, digamos así... Tristeza por lo que... dejaba, incertidumbre por lo que iba a suceder, por ejemplo, si iba a caer mi compañero o no... pero miedo, he tenido más miedo posteriormente, miedo de ése que se expresa físicamente, que a uno le tiemblan las manos, se le humedecen... en momentos de los climas terribles, dentro del penal; en momentos que parece que nos van a liquidar definitivamente en masa, sí. Entonces sí he tenido sensación de miedo.

Fui maltratada brutalmente, dos veces pasé grandes períodos con pérdida de conocimiento. Cuando me desperté, sentí que me gritaban: "¡Hija de puta, casi te matamos!, ¿vos sabés lo que me pasa a mí si te mato?, yo creí que estabas muerta". Y ahí me hicieron respiración artificial, me voltearon boca abajo, un largo rato, creo que había médicos; yo estaba bien, me sentía bien, desperté normalmente. No sé dónde estaba, creo que estaba en el mismo lugar. No tengo la menor idea. Pero yo me sentía bien, como si hubiera despertado de un sueño... tranquilo. A las horas, me dijeron que iba a hacer fiebre, me dijo una que pienso que era un médico, que no se me fuera la fiebre, que me iba a liberar de las presiones... y bueno, después vino a verme un médico, de noche, yo sentí algo muy extraño porque creo que el médico me conocía, yo no sé quién era porque ni le conocí la voz, pero debía ser algún compañero mío de trabajo. Y entonces, le dijo al guardia que estaba con él que se retirara, que tenía que hablar a solas conmigo, y el guardia le dijo que no. El médico dijo que entonces no me decía nada, y se fue. Después de eso aparecí con una parálisis en un pie, y al principio pensé que no me recuperaba, que era una lesión del sistema nervioso central. Me había hecho la idea de que eso me iba a amarrar a un sillón de ruedas toda la vida, qué sé yo, fue un poco dramático. Entonces, hacía como pequeños ejercicios con los dedos de los pies, el pie, la rodilla; y como a la semana empecé a recuperar la sensibilidad, lentamente, y me entusiasmé porque vi que

no era paranoxia, lesión cerebral y que entonces tenía recuperación. Debe haber sido una lesión medular por la electricidad o por golpes. Me fui recuperando. Ahora me daban comida. Con el tiempo me dejaron, primero andaban siempre ellos conmigo, como si yo fuera un gato, me agarraban de acá -del cuello- y me llevaban... como las gatas que agarran a los gatitos; o de lo contrario, me cargaban en hombros como una bolsa, así con los dos brazos por encima del hombro de la persona que me llevaba. Eran hombres grandes. Después me permitieron que dos compañeras que estaban conmigo me llevaran al baño, y yo me colgaba del cuello de ellas dos, para que me bañaran, porque tampoco me funcionaba una mano. Posteriormente me dejaron caminar en una especie de andadora, agarrándome, con dos mesas, y fui lentamente recuperando. Estuve un tiempo en jefatura y después volví; tuve otra lesión que fue una ruptura del tendón rotuliano. No sé, en medio de esas palizas, nuevamente me volvieron a sacar; primero me llevaron a Cárcel Central, a que me recuperara un poco, y me volvieron a traer. Y ahí nuevamente, fue ese segundo episodio que se me rompió el tendón. Estuve con un yeso un tiempo largo.

117

Claro, lo que pasa es que entre que estás encapuchada y entre que es gente diversa y diversas cosas, ya no sabes, no puedes... Estaba encapuchada y con una venda arriba de la capucha, no veía absolutamente nada. entonces, nuevamente empiezo a recuperar toda la sensibilidad, tres veces tuve que recuperarme, porque más tarde me operaron, ya estando en el penal, de la rodilla, por la rotura ésa de tendones, pues tenía un cuerpo extraño en la rodilla, que yo supongo, no sé, es una elucubración mía porque nunca jamás un médico se dirige a explicarnos nada, ni vi las placas; absolutamente nada, ni sé qué me hicieron en la operación... Pero yo supongo que en esa rotura de tendón, un fragmento de menisco se desprendió y cayó en la cavidad articular, y con el tiempo se calcificó. Entonces yo tenía lo que en medicina llamamos ratón blanco; es un cuerpo extraño que está dentro de la cavidad articular, y que de repente tú vas caminando y se te atrancan las articulaciones y te caes. Y se me salía, andaba por fuera, se veía debajo de la piel, y las compañeras ya habían aprendido a metérmelo. Esto lo tuve años, y posteriormente me lo operaron. Sí, me lo operaron en Punta de Rieles. Me tuve que recuperar sin fisioterapia y sin nada; sola, por tercera vez, ya tenía coágulos en las articulaciones, las tenía totalmente atrofiadas.

El hecho de ser mujer planteaba situaciones diferentes para ellos. Sí, claro, hay torturadores que se sientan en una silla y sientan en sus rodillas a la persona que van a torturar para hacerte picana, por ejemplo, y por lo tanto se hacen picana ellos también. Es decir, hay toda una cuestión sadomasoquista en todo eso que seguramente les produce placer, porque otra explicación no tiene.

Yo estaba como dispuesta a morir. Es como... "bueno, si me muerro, fenómeno" ¿no?. No sé cómo deciden suspender la tortura. Bueno,

no puedo dar una interpretación exacta de lo que pensaban ellos. Ahí había un señor capitán que me dijo: "Mirá, (me dijo una verdad absoluta) de aquí uno de los dos va a ganar; si ganas tú, yo te voy a felicitar; pero te advierto que aquí nadie ha ganado, y han pasado miles. Si gano yo, tú me vas a tener que felicitar. Esto es una guerra de las fuerzas armadas contra la Organización, y la Organización está aniquilada. Así que es más que difícil que puedas ganar". Yo le dije: "Sí pero no es una guerra entre la Federación y las fuerzas armadas; esto es una guerra entre la fuerza física que tiene usted y la fuerza moral que tengo yo. Yo de antemano no le puedo asegurar quién va a ganar, pero vamos a empezar a pelear y se verá". Y bueno, así fue. Él era ése que venía a hacer de bueno y de canchero y de conquistador. Por ejemplo, en submarino, siempre daba orden de que: "Si vas a hablar, mové el pie izquierdo". Claro, porque uno, debajo del agua, no puede hablar. Y esa voz siempre era de él... Es la única persona a la que yo le vi la cara; porque cuando hacía de bueno, me sacaba la capucha. Lo recuerdo perfectamente. Pero además, a los otros también los recuerdo perfectamente, porque la voz no creo que la puedan cambiar. Lo podría identificar perfectamente. Incluso tengo hasta una imagen física, que de repente no se corresponde con la verdad, pero de muchos de ellos tengo una cierta imagen. Bueno, él nunca me vino a decir quién había ganado y quién había perdido; pero un día me dijo: "Bueno, hoy se va a acabar nuestra relación, acá la gente no sabe perder, pero yo ya aprendí". Me dió la mano, como si fuera un amigo, y me dijo que lamentaba que tuviéramos que separarnos (hablando con él nunca tenía capucha); y bueno, que si fuera por él, él quisiera seguir conversando conmigo, pero que tenía orden de que ahí se acababa nuestra relación y que la tenía que cumplir. Y se fue, y nunca más lo vi. Sé su nombre, porque sabía su seudónimo, porque ellos tienen un seudónimo ahí. Era un pobre tipo. Y posteriormente me enteré de quién era. Porque ¿sabés qué pasa?, si tú estás ahí mucho tiempo, hasta aprendes las claves que tienen, cosa que ellos no se dan cuenta... pero si tú estás todo el día, durante meses pensando en eso, al final deduces.

Los comunistas conocían la tortura, sabían que existía desde hacía años. Lo que pasa es que en todo eso se puede profundizar si tú quieres. El porqué resistir, para qué resistir y cómo resistir. Claro, es un problema profundamente ideológico. Pero es cierto que es distinto si tú lo llevas pensado, analizado, planteado, por más que después te sorprendan cosas nuevas, que si tú vas a resolverlo todo ahí.

¿Qué sentía hacia mis torturadores?. Desprecio. En general la única cosa que les dije alguna vez, que a mí me parecía un insulto y que a ellos les parecía un piropo casi, era "infeliz", porque era la única cosa que me salía, que me parecían aquellos hombres que eran tan terriblemente infelices, desgraciados, miserables, pero siempre infelices.

Nunca cometieron vejaciones conmigo porque para ellos violar es

una cosa muy complicada; es más factible que te viole por abuso uno de los guardias, que te violen por decisión; creo que las violaciones no son excesivas ahí, por decisión de los mandos, porque les puede acarrear muchos problemas legales.

Luego de tres meses me bañan, me llevan al juez, yo estaba con capucha pero lo vi y lo sentí... aunque te parezca mentira, yo ya veía por los agujeros de la costura. Reconocí su voz y el juez que tuve fue el propio torturador. Tipifica mi delito por subversión.

Pude ver a mi padre luego del proceso; él estaba contento de verme. Le dije lo que me habían hecho. Puso una cara de impavidez. Me dijo que a él le habían dado un trato correcto. Mi padre fue siempre rigurosamente a todas las visitas.

Estuve en la prisión de Carlos Neri bastante tranquila. Te sientes como en un laboratorio permanente, pero no hubo problemas serios, ese año y meses fue la mejor época. Lo más que hicieron fue traer la brigada de perros detrás de la reja, y nos amenazaban que nos iban a destripar.

119

Yo estaba bien, salvo que me costaba mucho caminar, y soy ulcerosa. Había tenido dos hemorragias digestivas. Nos tuvieron un mes a rigor, sin visitas, sin cartas, en silencio. Simplemente nos aislaron para el traslado. Un día nos comunican que teníamos una hora para el traslado...

Al llegar ya de noche, cuando nos bajamos, hay un pelotón de soldados tirados en el piso, armados y nos hacen parar de plantón, mirando a la pared en medio de gritos terroríficos. Nos internan y nos dejan tres días atrancadas dentro de la barraca, solas. La barraca tiene un baño y después del primer día, nos dejaron ir. Entonces se empezó a normalizar un poco más la vida.

Dormíamos en cuquetas una arriba y otra abajo. Cada una llevaba una frazada de la Neri. Los primeros días pasamos frío, era un lugar inhóspito.

Estábamos juntas. Mira, entre cuqueta y cuqueta había un poco más de medio metro, un espacio como para dar unos pasos, digo, para poder pasar de perfil. Eran barracas largas, que tienen dos hileras, una contra cada pared y en medio un corredorcito, y en el fondo están los baños; arriba la barraca tiene las pequeñas mirillas como para una pequeña ventilación. Están cerradas, se abren cuando dan la orden; de noche en general. Después, a partir de ahí, nos empezaron a separar; empezaron lo que ellos consideraban la operación de descabezamiento. A mí me mandaron al sector E del penal. Me dijo el oficial, "Te voy a mandar al sector de las más podridas, vas a hacer política ahí si sos bruja". Recuerdo sus palabras porque yo... como él dijo, pensé que me mandaba al mejor sector. Consistía claro, en la gente que está mejor anímicamente, que está más dispuesta, más decidida, ¿no?

Bueno, en el sector E eran fundamentalmente Compañeras del MLN (Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros)) que hacía va-

rios años que habían sido detenidas; hacía cuatro años que estaban en Punta de Rieles. El sector al que me trasladaron, era lo que se llama el celdario, que es el local central, que al empezar la vida del penal era lo único que existía, un edificio que era de los curas. Ellos se lo compraron al clero.

La vida cotidiana de Punta de Rieles sería difícil explicártela si previamente no intento dar una idea de qué era el penal a nuestra llegada, desde el punto de vista del ambiente físico. Estaba constituido por una gran planicie, donde no había árboles, donde no había ninguna vegetación... y un edificio en medio, de tres plantas. Esto, que era originariamente el penal, se ha transformado hoy en un hermosísimo parque o colonia de vacaciones, que contiene desde zoológico, piscina, diversas canchas de tenis, basquetbol, voleibol, polo, criaderos de aves, quintas, chacras, en una extensión que yo no sé calcular, pero que tiene decenas y decenas de kilómetros cuadrados. Todas estas construcciones han sido creadas sobre la base del trabajo de las reclusas. Ahí nunca jamás trabajó el personal militar. Todo, desde la puesta a plano de kilómetros y kilómetros para la fabricación de carreteras, hasta la creación de las quintas y chacras, cavadas de zanjas para los arcos de seguridad, la fabricación de bloques para los edificios, la propia construcción de los edificios... todo, absolutamente todo lo que hay ahí, lo construimos nosotras. En un trabajo verdaderamente inhumano, en un trabajo que no por la cantidad de horas, a pesar de que a veces llegaba hasta a catorce horas diarias, sino por las condiciones en que se realizaban; porque siempre eran las peores, porque el trabajo fue concebido siempre como un castigo, a pesar de que en la primera etapa se dijo, por parte del comando del penal, que el trabajo en realidad era una terapia necesaria para cualquier preso. De hecho, se realizaba siempre en las peores condiciones, sin poder ni cambiar de posición durante todas las horas de trabajo, ni cambiar de herramienta, ni tomar agua ni usar abrigo en invierno ni reparo en verano, en medio del mayor hostigamiento de sanciones, de griteríos, de amenazas. Así construimos literalmente el penal de Punta de Rieles. Eran los trabajos forzados que le daban las más acabadas características de un campo de concentración clásico.

Pero todo esto, en realidad, no es lo peor de la vida del penal, lo peor no han sido los trabajos, a pesar de todas las secuelas que nos han dejado, de todas las lesiones y enfermedades, a pesar del desgaste físico que ha creado. Tampoco lo peor es el ambiente físico del propio penal, ni lo peor es la comida, o las condiciones de sueño; lo peor es todo lo que no se ve, lo peor es el sistema que se ha orquestado para la destrucción de las reclusas. Como comprenderás, en un proceso político como el del Uruguay, donde todo el pueblo tiene un alto nivel de conciencia, donde todo el pueblo ha participado a su manera, en alguna medida, en las luchas por la democracia, es muy difícil aniquilar a una persona humana, sin que redunde negativamente en

contra de la dictadura. Por lo tanto, la aniquilación física no es una cosa que se pueda plantear la dictadura gratuitamente. Por lo tanto, deben recurrir a otro tipo de destrucción.

En el penal hay movilización de la gente; cambio de sector, cambio de lugar físico. Se llama "la reestructura". Fui de las personas menos reestructuradas. No sé por qué, pero viví en el mismo sector una cantidad de años. Después estuve en el sector C y después volví al sector E. En el C estuve, qué sé yo, cuatro o cinco meses. El sector C era solamente de comunistas. También el sector E fue reestructurado antes de que yo fuera al C, casi totalmente; sacaron a toda la gente del MLN y quedamos ahí solamente las comunistas y trajeron más comunistas. Ahora, aunque yo no me moví del sector, cambió mucho la gente que vivía conmigo; porque a otra gente la llevaban y la traían. Bueno, había de todo; había desde ancianas hasta jovencitas, había gente muy anciana, como Rita Ibarburu: bueno, no puedo decir que era anciana, pero tiene casi setenta años. Ella cayó en el setenta y cinco; setenta y seis, setenta y siete... a ochenta y dos; lleva siete años, casi.

No podíamos saber mucho de lo que sucedía dentro de la prisión, con seguridad había problemas. Tampoco podían hacerse muy explícitos, porque no podíamos comunicarnos demasiado o era muy limitada la posibilidad. Pero, pienso que se logró un gran proceso unitario con el correr del tiempo, que, incluso, desubicó mucho al enemigo; porque entre tantas cosas, jugaron muchísimo a dividirnos, a enfrentarnos, y que nos agarráramos de los pelos. Y fue una cosa que nunca lograron, lo único que nunca podíamos permitir era una escisión entre nosotras para dejarles el lugar.

Las condiciones dentro eran iguales para todás. En mi celda vivía un máximo de doce personas que es lo máximo que caben, porque caben seis cuquetas. La celda es rectangular, en la pared más larga, dos cuquetas de cada lado, y una cuqueta tiene de ancho la celda, o sea que caben máximo doce personas, pero a veces hay menos. Había ocho por ejemplo, en el momento que yo me vine. Es decir, ellos desean celdas, mucha cantidad, pero no hay.

La rutina ahí es igual que en un cuartel; o sea, ahí la disciplina es militar y el ordenamiento de todas las cosas es igual. Existe lo que llaman los toques en un cuartel.

A las seis de la mañana es el toque de llamada. Con el toque de llamada inmediatamente hay que levantarse, so pena de ser sancionado.

Hay dos baños solamente para todo el sector; entonces hay que hacer cola para ir al baño, para casi lavarse la cara y los dientes como única cosa. Este, y bueno, a las seis y veinte, seis y media, entre seis y veinte y seis y media, es el toque de bandera para lo cual hay que formar, eso es en general un plantón, porque nosotras ni siquiera vemos la bandera delante del sector. A algunas nos hacen formar

abajo, en el patio, frente a la bandera. Se iza la bandera, posteriormente se regresa al sector y hay un toque de desayuno, hay quince minutos para desayunar: leche que en general es... o quemada, porque los cocineros la ponen la noche anterior y se duermen, se quema a fuego lento y se quema y requema, o con tacho sucio del día anterior, de guiso, cosas así, y entonces viene con ojos de grasa, muy fea, en muy malas condiciones la leche, y un pan chico.

Inmediatamente después es el toque de actividades. O sea, salen a hacer las actividades del penal. En el momento de salir se nombra por número a las personas. Yo era la trescientos noventa y siete. Y, la soldado en la reja lee los números, y esos números tienen que salir a trabajar, no se sabe a qué, ni a dónde, ni cómo, ni hasta cuándo, ni nada.

Estábamos de uniforme. El uniforme es gris, de pantalón y chaqueta, con un número en la espalda, de aproximadamente unos treinta centímetros de largo por unos veinte. Sobre tela blanca pintado en negro. Y un número pequeño en el lado izquierdo. Los zapatos supuestamente te los trae la familia.

Teníamos tres uniformes. Nosotras los lavábamos, dos de trabajo y uno de visita.

Bueno hay una cantina en el penal y, la familia puede hacer un pequeño depósito que, en el año ochenta era un máximo de cien pesos nuevos, con lo cual se compra jabón, pasta de dientes, papel higiénico, azúcar, algodón, no había toallas sanitarias. Espejos no, eso no se puede tener. Un tiempo hubo uno en el baño, después lo sacaron.

Los trabajos son todos los imaginables y los más diversos; desde la limpieza del propio penal, hasta la construcción de los jardines. Nosotras, por ejemplo, hicimos tepes, son unos panes de barro que detienen el césped, e instalamos todos los céspedes del penal que son cantidades alrededor. Hicimos las carreteras: kilómetros. Lo dirigen los sargentos que son constructores. Es una tarea muy dura, porque hay que poner a plano primero, a pico y pala, hay que cavar zanjas después hay que aplanar con rodillos que se arrastran, pesadísimos; hay que aprisionar, poner asfalto, todo. Hicimos chacras, en situaciones terroríficas, tirando de los arados al rayo del sol... impresionante; entre los terrones la gente se caía. Hacíamos la quinta habitualmente, se planta, se... hizo una zanja de metro y medio de profundidad, rodeando todo el penal, y ahí se instaló el cerco de seguridad de tres metros de altura.

Siempre hay accidentes de salud ¿no?, porque hay gente que hace... hemorragia cerebral, derrames musculares, del esfuerzo... te llevan a la enfermería, donde te hacen un recauchutaje pequeño y... se terminó.

Trabajábamos..., el horario de actividades normal es desde las siete y media de la mañana a las doce y media y de las tres de la tarde a las

ocho de la noche.

A las doce y media es el toque de cese de actividades de la mañana, y viene el rancho del mediodía. Generalmente consiste en un guiso con papas, qué sé yo, a veces porotos. A veces con carne; a veces sí, a veces no, depende, pero de todas maneras nunca la carne da para todas; es decir, nunca hay tantas porciones de carne como personas; en general, además, no todas las personas pueden comer porque mucha gente está muy enferma de las vías digestivas, biliares, nunca pueden comer cosas grasosas. Y agua de canillo y pan. ¿Golosinas?. Bueno, alguna vez nos vendieron cacao en la cantina, alguna vez, porque por temporadas venden cosas especiales ¿no?. La familia, de cosas dulces, lo único que podía traer era dulce de membrillo, que es dulce en barra. Porque desde el punto de vista de la seguridad, ellos consideran que es lo único que se puede, para ver que no contenga nada adentro. Y fruta no toda, bananas y manzanas. Supongo que si alguien hubiera intentado meter algo dentro de una banana, se nota, necesariamente. Y café.

123

Luego del almuerzo, volvíamos a las tres a trabajar, hasta las ocho en principio, pero a veces terminaba antes o a veces después, según; es decir, el toque de cese de actividades es a esa hora y posteriormente el rancho de la noche.

Nunca nos dejaron sin comer. Pero inventaban maniobras para crearnos problemas. Porque ésa era una época en que no nos dieron cubiertos, entonces nos hacían tomar la sopa con la mano, comer la carne a tirones; entonces era como un jubileo, como un circo romano. Es todo eso de denigración humana, porque fíjate que si a ti te hacen comer con las manos y te vienen a mirar, muy cómoda no te sientes; al principio tú no comes, pero puedes pasar un día o dos sin comer, porque después te mueres de hambre, entonces comes como sea, tomas el caldo con la mano, totalmente a lo bicho, a lo animal, como un animal. Entonces se ríen, se matan de risa, se burlan. Es una degradación más, así como hacerte evacuar el esfínter dentro de la celda y no dejarte ir al baño. Nada más que siempre eso se alterna, es por temporadas, en medio de rigores, cosas así. Simplemente a un soldado se le ocurre que no te abran la puerta y no te la abren; parece una casualidad o un mal humor de ella, pero nada hay casualidad ahí.

Más del cincuenta por ciento de las reclusas tienen las más diversas enfermedades que van desde la hipertensión a la retracción de encías, que es una enfermedad profundamente dolorosa, que convierte en prácticamente imposible comer, y que es casi generalizada, hasta las retenciones de orina, por espasmo de los esfínteres; las contracturas musculares generalizadas... la gastritis, el asma.

El cuerpo de las PMF (Policía Militar Femenina), las guardias, era un cuerpo muy especializado. Tienen ahora ya casi diez años de vida desde que lo crearon. Algunas son de las capas sociales más bajas, pero otras no tanto; hay gente de capas medias, hay maestras, hay

